



Tres detalles de la Catedral de Oviedo: El escudo; la torre, vista desde el Palacio Episcopal, y detalle de la torre.

funcionarios armados de un Estado, como quieren los liberales, sino "servidores de la tradición y del bienestar de su pueblo, practicando el culto al patriotismo y al honor". Y el Coronel Aranda supo serlo así, y en altísimo grado, por cierto.

Con una pequeña guarnición, a muchos kilómetros de donde podía venirle un auxilio siempre problemático, en el centro de una región hostil, en la cual hasta la naturaleza es brava y huraña, no dudó ni un solo momento en dar el paso arrogante hacia el cumplimiento del deber. Y el deber era claro, rotundo, como una orden de mando salida de su propia conciencia de español y militar.

Se apoderó de Oviedo y organizó con precisión admirable su defensa. Encuadró nuevas fuerzas; mantuvo, tenso y en pie, el espíritu de los suyos, y gobernó, sin claudicaciones y sin crueldades, una plaza sitiada, donde no todos estaban a su lado, lo cual aumenta el mérito de su gobierno. Y toda esa obra tan grandiosa, que tiene perfiles de gesta, tan ejemplar que hará modelo clásico, puede resumirse en un solo vocablo, en un verbo cuya conjunción ha tenido siempre en nuestra Patria épicas sonoridades de romance: Resistir. Aranda resistió con la santa tenacidad intransigente y terca de los que saben que están en lo cierto y que tienen toda la razón. Resistió con los ojos puestos en el Dios de los Ejércitos (a cuya diestra iban formando en silencio los mártires del empeño) y la confianza en la Patria. Y en medio del recio forcejeo de su impar aventura, en las noches largas y húmedas, con estrellas de pólvora al ras de la tierra, aún le quedaron momentos para dar reposo y deleite al ánimo leyendo—entre la vorágine alucinante de la guerra—las páginas idílicas, nostálgicas y tiernas de "La Aldea Perdida".

El General Aranda atraído y entretuvo en torno suyo a un poderoso ejército enemigo, que, de haber ocupado la plaza, con su fábrica de fusiles y ametralladoras, hubiese podido lanzar sobre Castilla más de cien mil soldados de horda—hombres pavorosos de mina y arrabal—, hambrientos de aquellas místicas llanuras de pan y de sol, como lo estaban de Occidente los centauros de Atila y del Gengis-

Kam, y de Tamerlán y de Solimán y de todos los grandes déspotas que un día soñaron con pasar a cuchillo todos los esplendores de nuestra civilización.

La descripción de cómo fué la guerra de Oviedo supera a las posibilidades del arte literario. Tanta grandeza épica, tanta plasticidad, tanto movimiento encierran las jornadas y escenas del cerco inmortal, que únicamente la pluma, el pincel y el cinematógrafo, en supremo ayuntamiento al servicio de la Historia y del Arte, podrían dejar a los hombres que nos sigan en el rodar de las generaciones, un documento capaz de producir en sus ánimos el mismo sacudimiento emotivo que a los actores del asedio nos produjo toda la magnífica realidad de aquella lucha.

En mi libro "La ciudad sitiada" procuré reconstruir, en lo que me estaba permitido, algo de la vida y del espanto de Oviedo. De aquellos días en que "muy de madrugada desencadenaban los rojos la furiosa tormenta de su ataque sobre las líneas defensivas de aquel reducto imbatible. Tronaba la artillería—unas cuarenta piezas—, cruzando su fuego sobre la ciudad. Temblaba el aire, estremecido por las caricias de acero, y los proyectiles caían sobre las casas y los parapetos con horrisono estruendo y horrible destrucción. Se hundían las techumbres sobre el vencindario, enloquecido de pavor; saltaban, hechas añicos, las gruesas paredes, y rebotaba la metralla sobre las calles, haciendo con sus uñas de cascote rabiosos arañazos sobre el asfalto. Las ventanas se venían al suelo en cascada de llanto cristalero, y los cables del tendido de la luz y de los tranvías chirriaban lúgubemente al ser cortados por las balas, produciendo con sus fibras metálicas estremecidas un lamento casi humano, que ensombrecía los ánimos y despertaba terribles presentimientos.

Aullaban las bocas candentes de los fusiles en un forcejeo incesante de pólvora y de hierro. Más cantarinas que nunca las ametralladoras, enronquecían en su tarareo monótono. Estallaban las bombas de mano como rotundas negaciones de trilita, y los cartuchos demoledores de la mi-